



CRÓNICA DEL VIAJE DE S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II (Q. D. G.) A LA IMPERIAL CIUDAD DE TOLEDO, PARA LA INAUGURACIÓN DE LA VÍA FÉRREA, DESDE SU REAL SITIO DE ARANJUEZ, EL SÁBADO 12 DE JUNIO DE 1858

José A. Márquez de Prado

A las cinco horas y diecisiete minutos de la tarde del día doce de Junio de mil ochocientos cincuenta y ocho, en medio del estruendo de los disparos de la artillería, que hacía las salvas de ordenanza; y los armoniosos y marciales acordes de la marcha Real; partió para la inmortal ciudad que baña el Tajo, la Reina de las Españas, acompañada del Rey su augusto Esposo, del Príncipe de Asturias Don Alfonso, y de la tierna Infanta Doña Isabel Francisca de Asís.

Formaban el regio Tren, ocho vagones de distintas clases, conduciendo a la servidumbre de SS. MM. y AA., Ministros de la Corona, director y constructor del ferrocarril de Castillejo a Toledo Excmo. Señor D. José de Salamanca, varios miembros del consejo de administración de la vía del Mediterráneo y otras personas distinguidas.

Partió el Tren Real, a todo vapor, de la estación de Aranjuez, continuando por la vía de Alicante hasta Castillejo, en que no se detuvo y en cuya estación había un inmenso pueblo ansioso de ver a su adorada Reina; saludándola con entusiastas vivas, en medio de los armoniosos sonidos de la marcha Real, que tocaba una música de aficionados.

Las estaciones de toda la línea que S. M. se dignaba inaugurar, se hallaban vistosamente colgadas, flotando en todas el pabellón nacional y a ellas agolpado un sin número de habitantes de las poblaciones comarcanas.

Al aproximarse el Tren Real a la estación de Toledo, la máquina contuvo su velocidad marchando lentamente, y es difícilísimo describir con todos sus detalles el encantador panorama que absorbía la atención por todas partes: no había ojos bastantes para mirar.

Toda la empalizada que cierra la plaza de la estación, tenía a diez pasos de distancia uno de otro, elevados mástiles, en que a favor del viento que hacía, veíanse flotar las banderas de todas o casi todas las naciones de Europa. Al entrar en la citada explanada, se hallaba el Ayuntamiento y autoridades de la ciudad de Alfonso VI, con sus timbales y clarinetes vestidos a la *Federica* y alguaciles con trajes de terciopelo encarnado, de la época de Felipe IV. Como en segundo término, aparecían los edificios de la estación, cua-

jado su coronamiento de multitud de banderas, gallardetes y grímpolas nacionales. En tercer término, descubriáse la antigua y monumental ciudad, y en el declive de su elevada posición y montes inmediatos, veíase una inmensidad de gente, apiñada en grandes grupos y distintas situaciones, que saludaban llenos de alborozo y respeto a los Augustos Huéspedes. La Guardia Civil cubría las avenidas y contenía la muchedumbre.

Avanzando con suave y casi imperceptible movimiento el regio Tren, penetró entre dos galerías. La de la izquierda; sostenida su techumbre por columnas de hierro fundido, tendría unos ciento ochenta pasos de longitud, donde estaba apiñado un crecido número de convidados de Toledo, Madrid y otros puntos. En el centro de dicha galería, había erigido un elegantísimo Trono: toda ella estaba tapizada de terciopelo color de guinda, con grandes flecos, cordones y franjas de oro; guirnalda de vistosas flores, arañas de cristal en el intercolumnio, y cada cuatro pasos en el lienzo del fondo, grupos de banderas nacionales sostenidos por el escudo de armas de las diferentes provincias que constituyen la Monarquía. La galería de la derecha la formaba un dilatado toldo y barreras, destinada al pueblo, y los pies derechos que sostenían aquel, aseguraban a su remate banderas y flámulas españolas, que ondeaban gallardamente a merced del viento. En el centro del entoldado y frente al Trono, hallábase erigido un templete rectangular del mayor gusto y en su centro un lujoso altar. En este sitio esperaba a su Soberana y Real Familia el Eminentísimo Cardenal Alameda Arzobispo de la Primada de España y su Cabildo Catedral, con cruz alta y asistentes.

En medio de una emoción general de placer y del entusiasmo de los circunstantes, paró el tren y SS. MM. y AA. se apearon delante del Trono, al que subieron en el momento: eran las seis y catorce minutos de la tarde. El Sol mitigaba la fuerza de sus ardorosos rayos, merced a las nubes que se habían interpuesto, como para velar la sequía de los campos.

Desalojado el convoy; los Reyes y Príncipes tomaron asiento. Retratábase en el imánico semblante de la Reina, el placer que abrigaba su corazón generoso y maternal al

< Descarrilamiento del tren de Madrid a Toledo el día 27 de marzo de 1867. Dibujo de Federico Ruíz publicado en la revista *El Museo Universal*, núm. 14 (1867) p. 112

verse rodeada de tantos y tantos de sus fieles súbditos, y por que iba a abrir una nueva vía de próspera fecundidad y acrecimiento de los intereses materiales, a la antigua corte de los Alfonso y de las Isabeles y de los Carlos: a su imperial ciudad.

Se colocaron en sus puestos alrededor del Trono, los Excmos. Señores, Duque de Bailén Mayordomo Mayor de S. M. la Reina, Duquesa viuda de Alba Camarera Mayor de S. M., Conde de Puñonrostro su Caballerizo Mayor, Marquesa de Malpica Aya de SS. AA. RR., Teniente General D. José María Sanz, primer Ayudante de Campo de S. M. el Rey y Jefe de su cuarto militar, el Nuncio de Su Santidad invitado al viaje por S. M. la Reina, Revmo. Patriarca de las Indias, Muy Rvdo. Arzobispo Claret confesor de la Reina, Señora Tenienta Aya de SS. AA., Mariscales de campo Ayudantes del Rey, D. Mariano Belestá y D. Rafael Mayalde, los médicos de Cámara Excmo. Sr. D. Tomás del Corral Marqués de San Gregorio y Sr. D. Juan Drumen, Tres Azafatas, un Gentilhombre de lo interior, un Mayordomo de semana, dos Caballerizos de Campo, y dos Ayudantes de órdenes del Rey, Marqués de Villamayna y D. Juan Carlos Arizaga. A la derecha de SS. MM. y AA., veíase sobre la segunda grada del Trono a los Excmos. Señores D. Javier de Isturiz, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Estado, Conde de Guendulain Ministro de Fomento, D. José Fernández de la Hoz Ministro de Gracia y Justicia y D. Fermín Ezpeleta Ministro de la Guerra. Inmediatamente después, el Capitán General de Castilla la Nueva Teniente General D. José de Lemerich, y a su izquierda el Brigadier D. Fernando Santisteban Comandante General de la Provincia, y D. José Manso Vizconde de Montserrat Gobernador civil de la misma. Hallábanse también, próximo al Trono los Excmos. Señores directores de las armas, Tenientes Generales Marqués de Novaliches, de Infantería, y Duque de Ahumada, de la Guardia Civil. Los Mariscales de Campo, también directores, D. Félix Alcalá Galiano, de Caballería, y D. Francisco Vassallo, de Administración militar.

La locomotora abandonó el andén, arrastrando los coches que habían conducido a los Reyes y su séquito, y despejada la doble vía que en aquel sitio hay establecida; viéronse venir con majestuosa lentitud, dos magníficas locomotoras pintadas de azul prusia, rodeadas de guirnaldas de flores y en su frontón, un grupo de banderas nacionales sostenidas por un grande escudo de las armas de España. A la distancia de cuatro pasos antes de llegar delante de S. M., hicieron alto. Entonces el Cardenal Arzobispo revestido

de Pontifical rodeado de las seis dignidades mitradas de la primada de España y del resto de su clero, entonaron sus oraciones al Dios Omnipotente; cantándose los salmos y preces por una brillante capilla. Las Reales Personas, al empezar la sagrada ceremonia pusiéronse en pie, rodeadas de su Corte y Gobierno, custodiadas por un zaguanete de Caballeros cadetes de Infantería, a cuyo brillante cuerpo quiso la Reina dar un testimonio de estima, mandando no fuesen a Toledo sus Reales Guardias Alabarderos, y que su servicio, lo cubriese aquella juventud esperanza del Trono y de la Patria, plantel vigoroso de futuros generales.

Terminaron los cánticos sagrados y entonces el Emmo. Prelado, con mitra y báculo, acompañado de su Cabildo, descendió del templete y penetró por entre ambas vías, alfombradas de hierbas aromáticas, en medio de las dos locomotoras, y las bendijo.

Concluyó el acto religioso: entonces el Arzobispo primado, avanzando por medio de su clero, llegó hasta la primera grada del Trono, y saludando a su Reina la dirigió un largo discurso reseñando a grandes rasgos la historia de la ciudad monumental, de Toledo la gloriosa. Recordó los varones ilustres que en ella han florecido y los que la han hecho brillar por las armas, la religión o las letras. Los Reyes que la honraron, distinguieron y ennoblecieron, y entre ellos, hizo cita de Alfonso el Sabio y otros, trayendo a recuerdo que Alfonso VI fue quien reconquistó a Toledo, librándola del dominio sarraceno. Dijo que la ciudad imperial en sus floridos tiempos era la cuna de las ciencias, las artes y la industria: que la Reina Isabel II la vivificará de nuevo, teniéndola unida a su Corte por esa arteria de hierro, símbolo de los adelantos de la ciencia del hombre y de la ilustración. Manifestó que la religión ejercía su natural influjo y tomaba una parte activa en estos adelantos, y trayendo a la memoria episodios del reinado de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, tomó en su mano la cruz alta de su Arzobispado y dirigiéndose a S. M. la Reina, dijo “Señora: Esta Cruz que V. M. ve es la misma que el Cardenal Mendoza colocó sobre la torre más alta de la Alhambra de Granada, cuando Isabel I y el Rey su augusto Esposo tomaron aquel fuerte baluarte mahometano”. La dio a besar a SS. MM. y AA. y continuó hablando por largo espacio, terminando su peroración dirigiéndose a su clero y diciéndole, que con él, hiciesen los más fervientes votos y oraciones por la felicidad de la Reina, del Rey, del Príncipe de Asturias y de la Infanta su augusta Hermana: Que el Príncipe Alfonso es la esperanza de lo porvenir de esta gran nación y dio un ¡Viva!

a la Reina, al Rey, al Príncipe y a la Infanta. Retirose con su clero al templete, y luego de despojarse de sus vestiduras pontificales, el Cabildo emprendió su marcha procesional para la ciudad.

Durante el discurso de su Ema., empezó a desprenderse de las preñadas nubes una ligera lluvia y a su término, preciso es consignarlo como suceso original, descubriase en el horizonte, por el Este, el arco Iris con sus hermosos colores.

Una música colocada al fin de la vía empezó a tocar una escogida pieza, que se mandó suspender, porque el Gobernador civil de la Provincia pidió permiso a S. M. la Reina, para leer un discurso que dice así:

Señora: El Gobernador de la Provincia fiel interprete de los sentimientos que animan a las demás autoridades, a la municipalidad y habitantes de ella se felicita hoy de venir a los Reales Pies del Trono de V. M. a expresar el júbilo de que nos hallamos animados todos, viendo a V. M. frente a los muros de la inmemorial Toledo para un suceso tan fausto y grande como el que acaba de realizarse. V. M. protectora tan decidida de los pueblos de su patria, ante la cruz clavada en los muros de Granada, hace cuatro siglos por Isabel I, acaba de inaugurar el ferrocarril que ha de acercar a estos habitantes a V. M., a su regia morada capital de la monarquía española y si bien es grande el gozo que les inspiran su conveniencia y felicidad futura, no lo es menor por la idea que arranca a nuestra mente la consideración del glorioso emblema que en los tiempos venideros recordará el reinado de V. M.

El de Isabel la Católica viene transmitiéndose de siglo en siglo, porque vemos en aquella Reina el genio y la conquista a la par que su cristiandad. Y no ocupará inferior página en la historia el de nuestra amada Isabel II cuya caridad y amor a las ciencias y a las artes, se unen a la grandeza con que V. M. ha propagado en nuestra España todos los adelantos de la civilización del siglo.

El vapor, la electricidad, la hidráulica, dejan en nuestro suelo recuerdos indelebles del reinado de V. M. y los establecimientos de Caridad, Universidades, Bancos de Fomento, repuesto de arsenales, faros, canales, puertos, caminos, puentes y tantas otras obras de utilidad y ornato, con el desarrollo inmenso que la industria y el comercio han tenido en nuestra patria, serán en los tiempos venideros, poderosos motivos para que se bendiga a V. M.

Así lo esperamos, Señora, con el orgullo nacional que nos anima ante la idea lisonjera de que tantos bienes como quedan perpetuados en nuestro suelo por V. M. y su sabio Gobierno, no serán estériles al genio creador de que no dudamos vendrá en su tiempo animado el Príncipe augusto que lleva el nombre de Ilustres predecesores, cuyas

glorias recuerdan los derruidos muros ante los que concurre hoy a este memorable acto. Esta es, Señora, nuestra satisfacción, grande sí, pero insuficiente para expresar el entusiasmo que nuestros pechos abrigan al ver cerca de nosotros a V. M. y su augusta Real familia, aclamada por pueblos generosos y decididos y custodiada por esa juventud guerrera que un día será en la educación que recibe, modelo de valor, de instrucción y lealtad.

Que suceda, Señora, cuanto encierra nuestra creencia, es de esperar con el favor del cielo y toda vez que fui de los primeros que tuvieron la fortuna de aclamar a V. M. en una fortaleza debida también a vuestro reinado, permítame V. M. que al concluir el cometido que hoy sin merecimiento alguno me ha deparado la suerte, ya que no corresponda a el tan dignamente cual fuera mi deseo, pueda al menos reasumir los sentimientos de lealtad a V. M., de emoción y de gozo por tan fausto suceso, haciendo a V. M. las protestas que no pueden ahora expresar particularmente los labios de cada autoridad, corporación y habitantes de Toledo, con el grito unánime de ¡Viva la Reina! Toledo 12 de Junio de 1858.= A. L. R. P. de V. M.= El Vizconde de Montserrat.

Acto continuo el Sr. Salamanca pidió la venia de S. M. la Reina para hablar, y obtenida dijo:

Señora: Dentro de breves días va V. M. a otra inauguración que será memorable e inmortalizará el reinado de V. M., la de dar abundantes aguas a la corte de las Españas; más hoy, Señora, seáde permitido a este súbdito fiel de V. M. el darla las más expresivas gracias, en mi nombre y en el de mis consocios, por haberse dignado venir a orillas del Tajo a inaugurar este ferrocarril, que hemos construido con la idea de coadyuvar con nuestros esfuerzos a la prosperidad de España.

No es posible en nuestra patria la explotación de canales y ríos navegables, porque la diferencia de niveles prohíbe el efectuarlo y he aquí la necesidad de la multiplicación de las vías férreas.

Si Isabel la Católica engrandeció la monarquía y su reinado dando a la España un nuevo mundo, V. M. la Segunda Isabel, glorificará el suyo por la protección decidida que da a la industria y al comercio, fuentes de la prosperidad pública, porque los intereses materiales son hoy, Señora, los que engrandecen las naciones.

He aquí sustancialmente lo que dijo el Sr. Salamanca en su discurso, y después de terminado, dio un ¡Viva! a la Reina, al Príncipe de Asturias y a Toledo, teniendo el honor de besar las Reales manos de SS. MM. y Príncipes.

En el acto de concluir los discursos, viéronse caer sobre los circunstantes multitud de composiciones poéticas.

Una a la Reina N^a S^a, que dice así:

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL 2^a

Toledo en la solemne inauguración de su ferrocarril.

*¡La fuerza está a tus pies, Reina y Señora!
Ese monstruo de bronce que vomita
Fuego a torrentes de su hueca entraña
Confiesa tu poder, canta tu gloria.
¡La fuerza está a tus pies! Dómala un punto:
Y antes que en alas del vapor te vuelvas
Del pobre Manzanares a la orilla,
Antes que en sombras de perpetuo luto
Al pueblo envuelvas que te aclama ahora
Astro radiante de hermosura lleno,
Y flores siembra por do tu caminas,
Para y óyeme, oh Reina! Yo te hablo.
Perdona mi arrogancia; y generosa
Como madre de amor, préstame oído.
¿Sabes quien soy? Mi encanecida frente,
De almenas y de torres coronada,
Y esta rasgada púrpura que visto,
Nada te dicen?... A mis tristes ruinas,
Las de mi Alcázar y mis templos santos
Ruinas sagradas, venerables restos,
A cada piedra que tu planta huelle
Pregunta, oh Reina, mi pasada historia,
Pregunta de mis glorias el suceso.
¡Cuántos ejemplos de valor y asombro!
Cuántos de ciencia monumentos dignos,
Pondrán delante mármoles y bronce!
Sembrados a granel como diamantes
En túnica real, o como estrellas
En el manto azulado de la noche,
Circos y termas, puentes y palacios,
Basílicas, mezquitas, sinagogas,
Hallarás por doquier en tu carrera,
Desde la Rosa al Agalén florido*

*Desde Bha-Sáhara a Val-Colomba ingrato.
De Roma impía te hablarán los unos;
Al Islamita evocarán los otros;
Estos del pueblo de Israel proscrito,
Aquellos del cristiano los triunfos,
Las glorias cantarán y los reveses.
Cada piedra, Isabel, de mis murallas
Tiene una historia escrita... cada muro
Encierra la epopeya de cien héroes!
Benamarín, Lepanto, Orán y Almansa,
Eternamente aquí de tu familia
Las conquistas recuerdan más gloriosas.
Sus banderas cubrían otro tiempo
De tus abuelos las sagradas tumbas!
Aquí la cuna del sapiente Alfonso,
Legislador de España: aquí del noble,
De mi hijo muy querido Garcilaso
El dulce lamentar y los cantares:
Del habla castellana el metro puro
Aquí también... ¿Qué más?... Aquí tu culto,
La santa religión que tú profesas,
Y el áureo cetro que en tus manos riges
Como Reina feliz, tienen principio.
Sí: ven conmigo a la ribera undosa
Del Tajo caudaloso que murmura,
Entre césped y alisos florecientes,
Al pie de mis murallas: ven conmigo
Donde pueda evocar la augusta sombra
De Recaredo... do tú misma puedas
Escuchar de los padres del concilio
La voz solemne y grave, que de Arrio
El falso apóstol de creencia infanda,
Los errores condena, y fija al trono
Leyes de sucesión, justas y sabias,
Que a tu raza aseguran la diadema.
Ven, y en el templo de la casta Virgen
Toledana Leocadia, mi patrona,
Verás la Religión y Monarquía*

Como hermanas con lazo indisoluble
Estrechando a tus hijos cariñosas,
Y glorias, y conquistas, y laureles
Del uno al otro polo repartiendo
Sin cuento ni medida en tus dominios!
Esto encierran mis muros: -no pre seas
De más valor, ni incienso, ni perfumes
En ricos pebeteros de la Arabia
Puedo ofrecerte, oh Reina! En este instante.
Con recuerdos no más, memorias santas
De altos hechos, de empresas poderosas,
Te obsequian mi humildad y mi pobreza.
Aquí estuvieron te diré mil veces
Los que domaron la arrogancia insana
Del árabe feroz... éstos que ahora
Ves ¡oh Reina! ¡ay dolor! campos desiertos,
De ruinas y de escombros hacinados
Oscuro panteón, fueron un día
Alcázares, y templos, y palacios.
Ya no son: ¡ay de mí! la mano airada
Del tiempo, que derriba los imperios,
Las flores marchitó de mis jardines,
Y en sus tierras sembró zarzas y agravios.
Tú sola ¡oh Reina bondadosa y buena!
Como nuncio de bien llegas ahora
Mis penas a calmar.- El iris santo
De concordia y de paz brilla en mi cielo
Al punto que tu asomas en la Vega,
Y mis campos reviven al rocío
De tus dones, y todo de alegría
Se viste, se engalana, se alborozan.
Tú a la vida me vuelves, tú la ciencia
Del siglo hospedas en mis viejos muros,
Tú me unes a tí... ¡Dichoso invento!
¡Dichosa la hora que te vi a mis puertas!
¡Mil veces mil dichosa tu venida!
El cielo premie ¡oh Reina! tus bondades:
A ti te colme y a tus hijos todos

De venturas sin fin.- A mí me basta
De tus labios no más una sonrisa.

PROFECIA DEL TAJO

En el nacimiento del Príncipe Don Alfonso
Oda refundida de Fray Luis de León.

Del sol al dulce abrigo
Reposaba Isabel en la ribera
Del Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El río, y la habló de esta manera:

En buen hora te goces,
Madre feliz, que desde aquí el sonido
Oyó ya, y las voces
De tu pueblo querido,
Que a ti se acerca de laurel ceñido.

Ah! Esa tu alegría
¡Que dicha acarreas! Y esa hermosa
Prenda, que ve este día
La luz esplendorosa,
Al cetro de los godos cuan gloriosa!
La hidra de la guerra,
Ella, al saber nuestros pasados males
Entre sus brazos cierra,
Con glorias inmortales
Brindando a tus vasallos naturales.

Lo mismo al que afanoso
Guía el arado y rompe el fértil suelo,
Que el artista industrioso,
Y al sabio, que con celo
La ciencia acopia que bajó del cielo

*Ya a tus puertas no llama
La discordia civil, a la venganza
Atenta, y no a la fama,
Luciendo su pujanza
Contra ti y en tu daño sin tardanza.*

*Oye... que al cielo toca
Con armonioso son la trompa fiera,
Que en Cádiz hoy convoca
El pueblo a la bandera,
Que al aire desplegada va ligera*

*La lanza ya blandea
El español gallardo, y hiere el viento
Llamando a la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.*

*Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, -la voz al cielo
Confusa y varia crece-,
El polvo roba al día, y le oscurece.*

*Ah! Que ya presurosos
Suben las largas naves: -ah! Que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.*

*El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Al mejicano estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da a la armada.*

*Al frente de los muros
De la ciudad cobarde, envilecida*

*La de los pechos duros,
La que arrancó la vida
A tus hijos cruel, hueste aguerrida.*

*Acude, corre, vuela
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdona la espuela,
No da paz a la mano,
Atenea fulminando el hierro insano.*

*En medio a la fatiga
Allí el soldado encontrará presente
Con pesada loriga
Al Príncipe valiente,
Peleando y venciendo juntamente.*

*El furibundo Marte,
Que el triunfo siempre a su placer ordena
Y la gloria reparte,
A Méjico condena,
Rompiendo de sus siervos la cadena.*

*Y tú, gozosa entonces,
Madre y Reina a la vez, verás grabado
En mármoles y en bronces,
Para tu Hijo amado
El título de Alfonso el Esforzado!*

A S.A. LA SERENÍSIMA SRA. INFANTA DOÑA ISABEL DE BORBÓN

*A orillas del Tajo undoso
En la vega toledana,
Daba a su cuerpo reposo
Entre el follaje frondoso
Niña gentil y galana*

*Era una niña preciosa,
Era la Infanta Isabel,
Que respiraba gozosa
Los perfumes de la rosa:
Del jazmín y del clavel.*

*A su paso el ruseñor
Los preludios entonaba
De su trino encantador,
Alabando al Criador
Que tal ventura le daba.*

*La más bella de las flores
Que a su alrededor había
Ostentando sus colores,
Con dulce acento de amores
De este modo la decía:*

*Escucha, niña adorada
La historia de una mujer
Que un tiempo fue respetada,
Y ahora vive alimentada
Con los recuerdos de ayer.*

*La ciudad derruida
Que se mira desde aquí,
Era mi joya querida,
Era mi orgullo, mi vida,
Por desdicha la perdí.*

*Yo desde aquí la he mirado,
Con tal delirio y amor,
Que en su muro cincelado
Mi rostro se haya grabado,
Fiel imagen del dolor.*

*Mi pena desapareciera,
Ángel puro del amor;*

*Si tu corazón me diera
Un favor que le pidiera:
Un beso para la flor:*

*Entonces la niña hermosa
A su petición cedió:
Su boca pura, amorosa,
Un beso estampó en la rosa,
Y su deseo cumplió.*

Terminó así el acto de la inauguración; y descendiendo del Trono la Real Familia, entró en un magnífico y elegantísimo gabinete que le tenía preparado con su acostumbrada esplendidez el Sr. Salamanca, donde SS. MM. y AA. se dignaron aceptar un refresco.

Eran las ocho de la noche; parecía que el Cielo, acompañando a la Reina Isabel, quiso llevar a los campos de Toledo las aguas para vivificar su vegetación, cuya lozanía estaba amortiguada por la sequedad y ardientes rayos del Sol. La lluvia caía suave y acompasadamente algunos relámpagos cruzaban el espacio, y a sus resplandores dibujábase fantástica en el horizonte la almenada ciudad.

En medio de tan majestuoso cuadro de la naturaleza, la Reina de las Españas con el Rey su augusto Esposo y sus tiernos e inocentes Hijos, el Príncipe de Asturias e Infanta Doña Isabel, montaron en la regia carretela, y su Servidumbre y Ministros de la Corona en los carruajes que les estaban preparados. El Real cortejo púsose en marcha para la ciudad imperial, llevando a su vanguardia cuatro batidores de la Guardia Civil de caballería, y después, los maceros del cuerpo municipal.

La carretela Real, tirada por magníficos caballos, llevaba a sus costados al Capitán General de Castilla la Nueva, Comandante General de la provincia y un caballerizo de campo. Inmediatamente detrás del carruaje iban oficiales del Cuerpo de E. M. y Ayudantes de campo.

Las autoridades de la provincia y ciudad tomaron parte en la comitiva, y cubrían la retaguardia una sección de caballería.

Crecido número de hachas de cera y de viento alumbraban en su marcha a la Real Familia, y un semillero de gentes la seguían, ansiosas de ver las augustas Personas.

Si los gritos de aclamación se tienen en grande estima, porque se juzgan producto de la expansión eléctrica del ánimo; hay escenas silenciosas que hablan más alto que las palabras. Los hechos son la comprobación de aquellos, y así obró el pueblo toledano. Escaso vocerío; pero grande ansiedad por ver a sus Reyes y Príncipes. En las aclamaciones vemos la exaltación de la mente; en seguir con velocidad el movimiento y las acciones del objeto de nuestra estima; vemos el corazón. Un profundísimo respeto y amor al Soberano, es lo que leímos en el semblante de los Toledanos, tan religiosos como monárquicos.

Entró el regio convoy en la ciudad por el puente de Alcántara, y en la puerta de este nombre hizo alto, donde el Ayuntamiento esperaba a su Reina y Señora. El Alcalde constitucional, tomando en sus manos una rica bandeja de plata con las llaves de oro de la ciudad, las presentó a S. M. la Reina, ofreciéndoselas como muestra de la adhesión y respeto de su fiel e imperial Toledo.

Terminada la ceremonia, la municipalidad tomó puesto en el cortejo real, el que alumbrado con hachas de cera por una compañía de niños, vestidos a la usanza de los pajes de la época de Isabel la Católica, se dirigió a la catedral primada de las Españas.

Las tropas estaban formando la carrera y tocaban en diferentes puntos las músicas de la guarnición y las que de Madrid hizo ir el Capitán General del distrito.

Fueron recibidas SS. MM. y AA. en el atrio de la metropolitana con todo el ceremonial de costumbre, y penetraron en el suntuoso templo esplendorosamente iluminado.

Tomaron asiento las Personas Reales bajo grande y rico dosel blanco recamado de oro y colocado en el presbiterio y lado del evangelio.

Los cánticos sagrados elevaron al Dios de la Creación, el profundo homenaje de gratitud por el feliz arribo de la Reina y Real Familia, entonándose un solemne Te-Deum; después del cual, pasaron SS. MM. y AA. al palacio arzobispal, donde tenían preparados sus regios aposentos.

En tanto que la religión elevaba sus preces al Eterno, otros sucesos acontecían en el ferrocarril inaugurado.

Los andenes de la estación estaban convertidos en dos magníficos salones, con la esplendidez y buen gusto del Sr. Salamanca. En el uno, había un abundantísimo y delicado buffet; el otro, estaba destinado para salón de descanso y

después, de baile. En otra sala, el Sr. Salamanca daba una delicadísima comida en bien puesta y servida mesa a varios de los convidados de Madrid y otros amigos del constructor de la vía.

La ciudad augusta, la Señora del Tajo, recibió a su excelsa Soberana, con iluminación, repique de campanas, colgaduras y fuegos artificiales. Toda la carrera estaba entoldada. No lucieron los fuegos, ni la iluminación de la grandiosa torre de la catedral y ciudad, porque un vendaval bastante fuerte a las nueve de la noche, no dejaba arder las luces.

El palacio capitular de la ciudad estaba adornado del siguiente modo, empezando por su coronamiento. En el centro y en las torres laterales de la fachada principal había tres grandes estrellas, pintadas con los colores nacionales e iluminadas con muchos vasos, teniendo un círculo en su seno en que se leía: en el central "Isabel", en el de la derecha "Alfonso", y en el de la izquierda "Francisco". La balaustrada de la galería columnaria estaba alumbrada con miles de vasos de colores, formando rombos y estrellas. En el centro de esta galería veíase un antiquísimo dosel de la época de Carlos V con las armas imperiales. En el cuerpo adelantado, base del edificio, había diez escudos de armas de los ilustres apellidos de *Chinchilla*, *Cebrián*, *Cisneros*, *Úbeda*, *Padilla*, *Dávalo*, *Soria*, *Guzmán*, *Reguera* y *López*, y sobre cada uno de ellos, se asentaba un grupo de banderas moradas y otras jironadas de amarillo y rojo.

Los edificios del Colegio de Infantería estaban colgados con el mayor gusto, viéndose por todas partes los colores nacionales, follaje y flores. La verja de uno de aquellos, antiguo hospital de Santa Cruz, estaba tapizada de infinidad de vasos de colores, formando variados dibujos, con las iniciales de "Isabel II - Colegio Infantería" y sobre cada una de las pilastras que dividen el enverjado en pequeños espacios iguales, grandes trofeos con cascos, chacós, corazas, sables, fusiles y demás útiles de guerra. Desde el piso principal del otro edificio, antigua Casa de Caridad, donde está el pabellón de S. M., el del General director del Arma, Subdirector y otras dependencias, se construyó un atrevido puente de arco rebajado, para que SS. MM. pudieran ascender con más comodidad, por encima de la calle, al gimnasio del colegio. Está establecido éste en la plataforma del ala derecha del antiguo y Real Alcázar, monumento magnífico y suntuoso, que conmemora al Rey Emperador.

Cuando SS. MM. y AA. fueron desde la catedral a su real alojamiento, complaciéronse al ver la brillante juventud

que se iba a enorgullecer con la custodia de sus Reyes. La guardia interior y exterior del palacio se había confiado al instruido batallón de caballeros Cadetes del arma de Infantería.

Después de un pequeño descanso, SS. MM. y AA. sentáronse a la mesa para comer, habiendo honrado con su invitación a acompañarlos a los Jefes de su Casa, Presidente del Consejo de Ministros, Cardenal Arzobispo, Nuncio de Su Santidad, Patriarca de las Indias, Arzobispo Claret, Jefes de la Guardia, siendo invitadas otras varias personas distinguidas.

S. M. la Reina se sentía un poco fatigada; pero a pesar de esto, siempre amable y bondadosa, conocía el anhelo con que su pueblo leal esperaba verla y saludarla; por lo que, terminada la comida, honró el coliseo, acompañada del Rey. Apenas corrió, como la chispa eléctrica, la noticia de que SS. MM. llegarían brevemente al teatro, en todas las localidades observose un movimiento de inquietud, de ardiente deseo de ver entrar a sus Soberanos. Los concurrentes en pie mirando al palco real y descubiertos, vieron entrar a la Real Pareja, y un grito unánime de ¡Viva la Reina! Y otros al Príncipe Alfonso, conmovieron la sala, mezclados con la armoniosa marcha Real.

En el antepalco de SS. MM. había el correspondiente zaguanete de caballeros cadetes y a las puertas del teatro una compañía de la Guardia Civil, para rendir los honores de ordenanza.

La función lírica que se ejecutaba y dedicada a SS. MM. y AA. por la Diputación provincial, se componía de las piezas siguientes:

Sinfonía. El Vizconde; zarzuela en un acto. Romanza de tiple de la ópera Roberto il diavolo. Dúo de tiple y barítono de la zarzuela Jugar con fuego. Aria de Attila. Aria di Coradino. Romanza del tercer acto de la zarzuela Diamantes de la Corona y dúo de la ópera la Cenerentola. La función anunciada para las diez empezó media hora después de orden de S. M. y a las once y media llegaron las Personas Reales, permaneciendo hasta el final, que fue a la una y media, hora en que se retiraron a Palacio, siendo despedidas por los concurrentes con entusiastas vivas a los Reyes y Príncipes.

El tiempo había serenado completamente y todo el mundo se retiró a descansar de la fatiga y multiplicadas emociones, producidas por la visita de las augustas Reales Personas.

Lució el nuevo día, domingo trece de Junio, y con él, aparecieron pobladas las calles: innumerables gentes, honrados labradores y artesanos de infinidad de pueblos de la comarca y de la ciudad obstruían en muchos puntos el tránsito. Las puertas del palacio y de la catedral estaban intransitables, por la apiñada gente que impedía el paso. El santo templo metropolitano contenía en sus dilatadas naves, una masa compacta de personas de todas clases y jerarquías, que con la noticia de que la Reina y su Real Familia oirían misa a las nueve de la mañana, querían gozarse en admirar el bello y bondadoso semblante de su benéfica Soberana. Tal era la muchedumbre que las autoridades locales auxiliadas por los individuos de seguridad pública y alguaciles, excitados por el Cabildo, invitaron a la concurrencia a que desalojase el templo, diciéndole que luego que SS. MM. entrasen, lo efectuarían también.

Entonces se conoció la fuerza magnética que ejerce en aquellos sencillos habitantes las disposiciones de los representantes de la ley, y entonces se observó el respeto y veneración que tienen a la Persona augusta que ocupa el Solio de San Fernando: toda la concurrencia fue saliendo del recinto sagrado con el más religioso silencio, y lo más que se oyó, fue alguna prudente queja por privársele del honor y placer de ver de cerca sus Reyes.

La Reina (q. d. g.) estaba fatigada como el día anterior, sintiéndose molestada de un pie y esta circunstancia coartó su deseo y no la permitió descender a la catedral hasta las doce, verificándolo por la escalera interior que comunica al palacio.

A la puerta de la citada escalera esperaba el Ilustre Cabildo y Capellanes, con la cruz del Arzobispado. Entraron en el templo SS. MM. y AA. acompañados de su alta servidumbre, Cardenal Arzobispo, Presidente del Consejo, Ministros de Gracia y Justicia, Fomento y de la Guerra, Nuncio Apostólico, Capitán General del Distrito, Comandante general y Gobernador civil de la Provincia y un zaguanete de caballeros cadetes. Inmediatamente se incorporaron al regio séquito, saludando venerablemente a SS. MM., el Reverendo Patriarca de las Indias y el Muy Reverendo Arzobispo confesor de la Augusta Reina.

Fueron las Reales Personas a adorar la piedra donde puso el pie la Virgen Madre de Dios, al dar la casulla a San Ildefonso. Verificada la adoración fueron a la capilla de la Virgen del Sagrario, donde oyeron una misa rezada que dijo el Deán de la Santa Iglesia. Después de terminada, subió la

Reina augusta precedida del Cardenal Arzobispo, a besar el manto de la Santísima imagen; luego lo efectuó S. A. R. el Príncipe Alfonso conducido por su nodriza y después S. M. el Rey con la tierna Infanta su Hija.

Era tal el cúmulo de gentes que se agolpaba a la puerta de la capilla, que fue preciso entrasen en la catedral una compañía de Infantería y una sección de la Guardia Civil, porque se hacía imposible transitar en dirección alguna, ni que la Real familia y comitiva pudiesen moverse. Tal era el afán de contemplar a las Regias Personas, que ni el calor, ni la opresión contenían a mujeres, hombres, ancianos y niños.

S. M. la Reina dispuso el ir por dentro de la misma capilla a visitar el *Ochavo*, donde se custodian infinidad de reliquias, alhajas preciosas, ornamentos, ropas y banderas. Los Augustos Esposos examinaron con la mayor devoción un pedazo del pañal que sirvió a Jesús cuando vino al mundo: una espina de la corona que tuvo en la cruz, un pedazo de piedra del vaso sepulcral del Redentor; los restos del cuerpo de Santa Leocadia patrona de Toledo y la cabeza de San Ramón, fundador de la orden de Calatrava.

Al examinar SS. MM. las ricas alhajas, les gustó mucho la gran Custodia, corona imperial y brazaletes de la Virgen del Sagrario, un manto y vestido de perlas de la misma Santa imagen, el famoso niño Jesús de oro y pedrería, llamado vulgarmente *Juan de las Viñas*, y otras preciosidades. La Reina se complació muchísimo al ver la espada que usaba el esforzado Rey Alfonso el VI, y por uno de esos impulsos de la ardiente imaginación de tan Augusta Señora, la hizo empuñar al tierno Príncipe de Asturias Don Alfonso, diciendo “Hijo mío: deseo seas tan bravo y tan bueno como aquel”. Después mostraron a los Reyes la bandera con que el Cardenal Jiménez de Cisneros tomó a Orán, dos mahometanas, el toldo de una galera que se cree fuese de la de Don Juan de Austria en la batalla de Lepanto, en cuyo centro hay pintado un enorme Crucifijo, sobre campo azul y adornos dorados, y el Emmo. Cardenal Alameda llamó la atención de la Reina N^a S^a hacia la urna cineraria del Cardenal de Borbón.

Era la una de la tarde, la aglomeración de gentes en la catedral, extraordinaria, en términos que la infantería y Guardia Civil contenían con algunas dificultad las oleadas de la concurrencia que sin faltar al respeto del sitio sagrado en que se hallaban y el que se debe al Monarca, llena de anhelo, deseaba admirar a sus Reyes; no obstante, en medio de tan crecida y apiñada masa no hubo desmán, y sin esfuerzo alguno abríase paso a la Reina, que con su comitiva

se dirigió a la capilla Mozárabe; porque la Señora Augusta con la preclara luz e inteligencia que la distinguen, desea saberlo y conocerlo todo, una mirada [de] sus Regias pupilas, abarca rápidamente cuanto la circuye, y en todo estudia para procurar la felicidad de sus pueblos.

La Reina con la Real Familia y acompañada de la comitiva referida y zaguanete, entró en la capilla Mozárabe. Apenas vio el altar, examinó atentamente el magnífico cuadro de mosaico que representa a la Virgen María con su Divino Hijo en los brazos, y un crucifijo venido de Méjico, que hay colocado sobre el mismo altar. Luego con su Real Esposo e Hijos, fue a colocarse del lado del Evangelio, debajo de un antiquísimo dosel, y teniendo a su espalda pintada la vista de la toma de Orán por el Cardenal Jiménez de Cisneros, la examinó con particular atención.

El Emmo. Prelado tomó asiento a la izquierda de las Reales Personas, y toda la comitiva frente al altar, delante del coro bajo que tiene dicha capilla.

A una indicación del Arzobispo, salió una misa de terno y acompañada del órgano y coro, se cantó solemnemente la misa de los primeros tiempos de la Iglesia, llamada del rito Mozárabe.

El entendido catedrático de Hebreo del Seminario Arzobispal, colocado detrás próximo al centro de los sillones que ocupaban SS. MM., les iba explicando las ceremonias sagradas de la Misa, y con un puntero señalando y leyendo los salmos y oraciones que contienen dos libros del rito, colocados sobre el reclinatorio que tenían delante de sí los Augustos Reyes.

Dio fin la misa a las dos y media, y acto continuo, a pesar de ser visible que la Soberana estaba algo indispuesta, fue la Real Familia y acompañamiento a la capilla denominada de Reyes Nuevos, la cual examinaron minuciosamente, y después de orar en su altar mayor; besaron una reliquia que les presentó el Prelado.

Los Reyes fueron al Coro, donde el Cardenal Arzobispo les enseñó la magnífica talla de su sillería, pasando después a la sala capitular del Cabildo donde existen los retratos de muchos Prelados de aquella Santa Iglesia, retirándose después SS. MM. y AA. a palacio. Eran las tres y media de la tarde.

La Reina de las Españas y su Augusta Real Familia, apenas vueltos a palacio pasaron a la mesa para almorzar, teniendo el honor de ser invitados a ella los Jefes de Palacio,

Presidente del Consejo y Ministros allí presentes, algunas personas de la servidumbre, Capitán General del Distrito, autoridades de la provincia y ciudad, Coronel Comandante del Cuerpo de E. M. Fernández San Román y Jefes de la guardia interior de caballeros cadetes y de la exterior de Infantería.

Entre otras conversaciones suscitose en la regia mesa, la de quién fue el padre de Fernando el Católico, y S. M. la Reina, con su especial memoria y viveza, consignó lo fue Don Juan II de Aragón; más no faltaron inseguridades; pero la Reina ratificó de nuevo lo que había dicho y dirigiendo la palabra al Coronel San Román, que afirmaba lo expresado por S. M., le interrogó, y aquel dijo en alta voz era exacto lo dicho por la Augusta Señora; añadiendo como comprobación que Fernando el Católico a los trece años de edad, fue a batirse al sitio de Gerona, y después con cincuenta lanzas a librar a su padre Don Juan II que se hallaba sitiado en Perpiñán.

Sin reposo alguno, apenas terminado el almuerzo, los Reales Esposos tomaron el carruaje y con su cámara y autoridades se dirigieron al monumental San Juan de los Reyes, cuyo edificio gótico-arábigo, examinaron detenidamente, deleitándose en contemplar los preciosos arabescos que adornan aquel famoso templo. Después pasaron SS. MM. a visitar el Museo provincial en la parte que fue convento y perteneciente al mismo edificio. Entraron en la celda que ocupó el Gran Cardenal Jiménez de Cisneros, y a la Reina se la vio visiblemente reflexiva, sin duda recordando que aquel había coadyuvado y secundado a la Católica Isabel en sus gloriosas empresas para terminar el dominio sarraceno en la península ibérica y en los gigantescos planes para que Colón hallase un nuevo mundo. Bien puede ser también que S. M. meditase en las muchas ideas, proyectos y resoluciones que allí formara el eminente Cisneros.

Las horas se deslizaban con extraordinaria rapidez; la Augusta Isabel II quería verlo todo y enterarse de todo. Tenía mucho sentimiento de no visitar en aquella ocasión los establecimientos de beneficencia, objeto cardinal de todos sus desvelos; pero había pedido al ferrocarril el tren de partida para las seis y media, cuya hora estaba al sonar; y por otra parte tenía presente que el batallón de cadetes de Infantería, con sus Jefes, Oficiales y Directores de las armas la esperaban con anhelo en el colegio, como había ofrecido honrarlos con su visita al Marqués de Novaliches, General Director.

En consecuencia los Reyes tomaron su carruaje y con la escolta de un cuerpo de Cazadores a caballo, que los custodiaba desde palacio, se dirigieron al Colegio de Infantería.

La Reina y su augusto Esposo se apearon en la puerta del más antiguo de los dos edificios. En ella fueron recibidos por el Ministro de la Guerra, Director General de Infantería, Brigadier Subdirector del Colegio, varios Generales, Jefes y Oficiales.

En aquel mismo instante la Reina preguntó al General Director si era fácil subir con los carruajes al Alcázar, y respondido dudosamente, la Reina con ese carácter decidido que la anima, dijo “probaremos”. En el momento tomaron su carretela las Reales Personas, y por una rampa zig-zag, que afortunadamente había hecho enarenar el Director del Colegio, subieron a la regia y desmantelada mansión, sobre cuyo suelo hubo un palacio fuerte que habitaron Don Alfonso el VI reconquistador de Toledo, los Alfonsos VII y VIII, Don Fernando III, Don Alfonso X llamado el Sabio, Don Juan II y los Reyes Católicos Isabel y Fernando. El Gran Carlos V sobre las ruinas de la real fortaleza, quiso edificar un suntuoso Alcázar, digno de su nombre y de su gloria y Felipe II terminó la grandiosa obra que aquel comenzara. Isabel II también quiso no abandonar la antigua corte de la entonces opulenta España en cuyos dominios no se eclipsaba el Sol, sin visitar las monumentales ruinas donde habían morado sus augustos antepasados.

Los Reales esposos examinaron aquel fuerte edificio que tantos y tantos recuerdos gloriosos encierra, cuyos muros exteriores se conservan perfectamente erguidos, desafiando las injurias de los tiempos, y a pesar de carecer de techumbre, y de llover bastante recorrieron el interior, condoliéndose de su estado la Augusta Reina que dijo atendería a su reedificación.

Dispuso que los carruajes bajasen a esperar a la puerta del colegio y a pesar de la lluvia regular que caía, SS. MM. bajaron a pie con toda la comitiva, por un camino que del Alcázar conduce al gimnasio que está en su plataforma. Entraron los Reyes en el gimnasio, donde había una escogida y brillante concurrencia. Dos secciones de cadetes hicieron los honores de ordenanza y después de que SS. MM. tomaron asiento en un pabellón construido al efecto, aquellos formaron pabellones: una parte de ellos se pusieron a tirar el sable y otra el florete. Varios cadetes pusieronse a practicar cuantos ejercicios tiene la escuela gimnástica y por ultimo, otros trepando por planchas, perchas o cordeles escalaron los

elevados muros del Alcázar imperial, de cuyo coronamiento arrancaron una porción de banderas y bajaron rápidamente a ponerlas a los pies de su Reina y Señora.

El manto de la noche empezaba a desplegarse sobre la tierra, y terminados los ejercicios, la Augusta Señora mandó a palacio a su Caballerizo Mayor Conde de Puñonrostro para que fuese a buscar a SS. AA. el Príncipe de Asturias e Infanta Doña Isabel.

Descendieron SS. MM. y penetraron en el edificio más moderno del colegio, estando tendida formando la carrera una parte del batallón de cadetes y pasando por el puente que para la Real visita se había construido.

Los Reyes entraron en el pabellón que tienen alhajado para cuando gusten honrar el colegio, y en el del Director.

En el salón de exámenes se presentaron algunos cadetes a quienes, previa la venia de la Reina, se les hicieron varias preguntas del arte y ciencia de la guerra, que contestaron brillantemente con prontitud y desembarazo.

Acto continuo SS. MM. mostrándose altamente satisfechas y contentas, pasaron del edificio moderno al antiguo, por otro puente permanente establecido sobre la calle del Carmen.

Visitaron las salas cuarteles de los caballeros cadetes, el comedor, sala de armas y capilla, cerciorándose del excelente estado de policía y orden que reina en el todo del local.

Incontinenti los Reyes se dignaron dar a besar sus Reales Manos a todos los caballeros cadetes, oficiales y jefes; después de cuyo acto SS. MM. tuvieron a bien admitir un suntuoso y bien servido refresco, que se les tenía preparado.

SS. AA. RR. habían llegado ya al colegio, e ínterin los augustos Soberanos e Infanta refrescaban, cenó allí la nodriza de S. A. R. el Príncipe Don Alfonso.

Los Jefes y Oficiales del colegio se disputaban el honor de agasajar con la mayor finura a cuantos acompañaban a SS. MM. así como a los que habían sido convidados a asistir a aquel acto.

Eran ya las nueve de la noche cuando los Reyes y Príncipes tomaron sus carruajes, verificándolo también su servidumbre.

Todas las fachadas del caserío de la ciudad y del

colegio estaban iluminadas. Los caballeros cadetes con sus Jefes y Oficiales, formados en masa, estaban en la pequeña plazuela del colegio.

En el momento de subir al coche los Reyes, esparciábase por los aires miles de vítores, dados por aquella ardiente y vigorosa juventud militar, entusiasta decidida de sus Monarcas y Príncipes, vítores que eran secundados por una inmensidad de habitantes de la antigua ciudad, para dar su adiós, como aquella, a su querida Reina y Real Familia.

Los carruajes de las Augustas Personas y comitiva emprendieron el camino que conduce a la estación de ferrocarril, hallándose cubierta la carrera por las tropas, y a ella agolpado un gentío extraordinario, que no cesaba de vitorear a la benéfica Isabel, Reina de las Españas, a su Augusto Hijo el Príncipe de Asturias Don Alfonso, a S. M. el Rey y a la tierna Infanta Doña Isabel Francisca de Asís.

Llegaron los Augustos viajeros a la toledana estación; entraron en su coche salón, y partió el Real tren a las nueve y media de una ya serena y apacible noche. Al salir del andén el convoy regio, donde estaba alumbrado por crecido número de hachas de cera y de viento, prendiéronse en la plaza de la estación vistosísimos fuegos artificiales preparados por el constructor de la vía.

En el segundo vagón del tren de S. M. conducía una música dirigida por el Maestro Arche, la cual tocó la marcha Real, al avistar a las Reales Personas, y después durante el viaje, algunas piezas escogidas y aires nacionales.

Las estaciones del tránsito hasta Aranjuez estaban cubiertas por la Guardia Civil y el Tren Real no se detuvo en ninguna de ellas, llegando sin novedad alguna al Real Sitio, a las diez y cuarto de la noche.

Así terminó el viaje especial para la inauguración del ferrocarril y visita Regia a la imperial ciudad, a la monumental Toledo, sin que la Reina la religiosa y caritativa ISABEL LA BENÉFICA, dejase de consignar en aquella antigua corte, los sentimientos de su constante anhelo y solicitud por el bien de sus súbditos y su Maternal cariño. Regaló un magnífico alfiler y pulsera de brillantes y rubíes a la Virgen del Sagrario, y dejó cincuenta mil reales de su bolsillo, para los establecimientos de beneficencia y pobres necesitados.

José A. Márquez de Prado.
(Redactó y escribió)

NOTA:

El 15 de noviembre de 2005 se inauguró el nuevo trazado ferroviario de alta velocidad entre Toledo y Madrid. El acto contó con la asistencia del presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, quien hizo el trayecto inaugural desde la capital de España acompañado por el presidente de la Junta de Comunidades, José María Barreda, y el alcalde de Toledo, José Manuel Molina. En mayo de 2003, el entonces presidente del Gobierno, José María Aznar, colocó la primera traviesa de estas obras, que han propiciado una conexión ferroviaria que disminuye sensiblemente el tiempo de viaje entre ambas ciudades.

El texto redactado por José A. Marquez de Prado se conserva en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, con la signatura II/3334. En algunas palabras se ha actualizado la grafía, y a veces se han alterado los signos de puntuación para facilitar su comprensión.

Pedro Antonio de Alarcón publicó una crónica, más breve, de este mismo viaje en la revista *El Museo Universal* de 30 de junio de 1858.



Foto anónima del primer tercio del XX. Un carro entrando en la ciudad, por el puente de Alcántara, y un guardia civil avanza en dirección contraria. Al fondo un deteriorado castillo de San Servando.